

NATALIA ARROYAVE

Una historia común





© Natalia Arroyave, 2020

© Editorial Planeta Colombiana S.A., 2020

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

www.planetalector.com.co

Primera edición en Colombia: septiembre de 2020

ISBN 13: 978-958-42-9039-7

ISBN 10: 958-42-9039-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

En verdad somos como troncos de árboles en la nieve. En apariencia solo apoyados en la superficie, y factibles de ser desplazados con un pequeño empujón. No, es imposible, estamos firmemente unidos a la tierra. Pero cuidado, también esto es solo en apariencia.

Franz Kafka





A mi madre y a todas las mujeres de mi infancia.

A Santiago.





EL TALLER DE DOÑA SUSANA Y DON FRAN

Esta es, sin embargo, una historia feliz. Todo ocurrió sin que estos hombres y mujeres alcanzaran a intuir que en esas calles de subidas y bajadas, lomas, cuestas, pasadizos, nacía un silencio que habría de instalarse en lo más profundo de sus corazones y que, con suerte, muchos años después solo algunos de ellos llegarían a entender.

Era el año 1986 y transcurrían algunos de los hechos que quedarían grabados para siempre en mi memoria. Veo una niña sentada en un pequeño banco de madera, blanco y bellamente torneado. Su vestido, que unos días me parece azul y otros días violeta, se ha ido cubriendo paulatinamente por la nieve que cae del techo hasta ocultar cualquier vestigio de color. Ahora entiendo que es a causa de un polvillo fino que cae y sube por los aires, como en una bola de cristal, y que a veces se queda suspendido en lo alto. Parece obedecer a una danza religiosa, irregular, que por momentos distrae a la niña de sus juegos.

Me detengo en la escena y detallo un poco alrededor. Es una especie de taller que está en un ático improvisado, en el patio de atrás de la casa de los vecinos, doña Susana y don Fran. Recorro el lugar y veo la escalera de madera apoyada en lo alto, en un piso sin paredes y ni siquiera una baranda a la que aferrarse.

Recuerdo, de manera inmediata, los travesaños torcidos, la distancia que separa, uno tras otro, cada escalón. Sufro de nuevo el vértigo, el miedo a apoyar los pies sobre la escalera, la siento tambalear. Pero en su ascenso, la niña se gira y mira hacia abajo. Tiene la impresión de ver unas manos que la sostienen, grandes, morenas y peludas. Pierde el miedo al vacío y muy rápido trepa hasta el taller, donde mamá le extiende los brazos para ayudarla a dar el paso final.

Siempre he disfrutado ese olor; el yeso retiene una humedad que se puede oler, que casi quisiera probar, y no compite en mi recuerdo con mi olor favorito, el del café recién hecho. Así ocurren en mi memoria aquellas tardes, el olor del yeso y del café, doña Susana y mi madre, apoyadas en una mesa grande de madera, sostienen en voz baja una conversación que nunca terminará y que en ninguno de mis sueños logro descifrar. A su lado, la niña juega con un angelito blanco y un angelito negro que apenas se diferencian entre sí por el tono de los labios o el tamaño de sus alas, por la expresión exageradamente melancólica de uno de ellos.

Tres hechos harían que la casa de doña Susana se convirtiera en una referencia inolvidable de aquella niñez. El primero y más importante es que era una de las dos únicas casas del barrio que la niña podía visitar. Así su presencia se limitara a comprar alguna porcelana en el pequeño almacén o a jugar en el taller con la segura y confortable compañía de mamá. Sobre todo era en esas visitas en que podía reparar, detalladamente, en los integrantes de la familia que vestían casi siempre de overol o delantal. Los únicos que no trabajaban en el taller y que por lo tanto no llevaban el polvo adherido a su piel eran Diana y Elías.

A Francisco le decíamos don Fran. Era un hombre mayor, no muy alto, que saludaba a mamá con voz aflautada y que caminaba con tanta parsimonia que a veces daba la impresión de querer devolverse a mitad de camino. Su expresión, casi infantil, reñía con los pocos cabellos que cruzaban de un lado a otro enmarcando su enorme frente. Hay rasgos que se repiten entre padres, hijos y hermanos. En esta familia, todos se reían igual. Los dientes blanquísimos, perfectos, salían a relucir en las carcajadas diabólicas de Héctor, el hijo mayor; en la sonrisa constante y ladeada de Alfonso, el músico; o en la tierna mirada de Diana, la menor de la familia. Por su lado, don Fran y doña Susana eran una pareja sin igual. No solo sus risas se parecían, con el tiempo también sus ademanes y todo lo demás, la postura heredada de largas jornadas de trabajo en el taller, una alegría sincera en su mirada, el gesto sencillo de envejecer los dos.

¿Cómo era la risa de Elías? No. No es fácil de recordar. A decir verdad, no he logrado recrear en mi mente siquiera una imagen de su rostro. Solo sé que era el único amigo grande que la niña podía tener, con el único que podía charlar y que, sin hacerle cosquillas como las amigas de la escuela, la hacía reír. Que le regalaba chokolatinas Jet para ayudarlo a completar su álbum de *Historia Natural* y que en cada encuentro le entregaba las láminas o caramelos que había guardado cuidadosamente en su billetera, de modo que conservaban un olor particular, una mezcla entre dos perfumes: el olor de los billetes y del chocolate. Lo que sí recuerdo es el día, que muchas veces he querido borrar de mi memoria, en que Elías dejó de existir.

El segundo hecho está ligado a un misterio que solo ahora empiezo a resolver. La casa de doña Susana quedaba justo

al frente de la nuestra, de modo que la veíamos todos los días, cada vez que salíamos para el colegio, cada vez que jugábamos en la acera o que mirábamos a través de las ventanas. Y en su fachada había algo que no terminaba de encajar. El caprichoso accionar de una pequeña ventana que se abría y se cerraba como por azar, tan rápido que la mayoría de las veces parecía no haber nadie detrás, otras creía alucinar con un rostro anciano que aparecía y desaparecía en un parpadeo. Según los cálculos de la niña, detrás de aquella ventana, al interior de la casa, no podía existir ningún lugar.

Esta ventanita imposible iba unida en su mente a una sensación que le causaba mayor curiosidad. Para llegar al taller había que cruzar por la sala, las alcobas, el comedor, la cocina e ingresar al patio de atrás. Desde la entrada de la casa se percibía un olor que comenzaba a crecer y que alcanzaba su máxima nitidez al llegar al comedor, donde había una puerta que dejaba ver un corredor alterno alumbrado por los rayos del sol. Creía que aquel pasadizo, ajeno a cualquier señal de humanidad, se comunicaba con la habitación del inquilino que tenían en casa don Fran y doña Susana, al que los niños de la cuadra temían más que a Nosferatu, el vampiro.

Tenía pues que haber un vínculo entre estos dos misterios. La ventana imposible y aquel penetrante olor. Detrás de aquella puerta parecía estar la explicación. A esta serie de incongruencias se sumaba el comportamiento extraño de doña Susana. Cada vez que alguien pasaba por allí, parecía empujarlo hacia el fondo del zaguán hasta llegar al patio de atrás. La mirada de la niña, como era de esperarse, permanecía atenta buscando alguna pista, una visión, algo que le ayudara a entender qué ocurría

detrás, a qué parte de la casa podría conducir aquel portal.

Un día llegaría a entender que allí existía el mundo que habitaba Anita, la madre de don Fran. Pasaba entonces por los noventa años y no quería que nadie reparara en su existencia. A pesar de padecer un enfisema pulmonar, no recibía ninguna medicina, pues pensaba que *las gentes*, incluida Susana, la querían matar, por esto solo tomaba pastillitas de Mejoral que había acumulado en su mesa de noche desde mucho tiempo atrás. Y así, de tarde en tarde, su único contacto con la realidad era a través de aquella ventanita que le permitía asomarse al mundo sin que esto le implicara renunciar a su clausura.

El tercer hecho era la existencia del Inquilino, el Mostro, Frankenstein, Nosferatu el vampiro en su edad mejor. Su figura regresa a mi memoria en escala de grises, como en una película antigua, de esas que ocurren en un pueblo olvidado, muy lejos de casa. De esos pueblos que en lugar de personas los habita un ruido de sirena, cuerpos de hule sentados al agua y al sol, radios que anuncian una canción pasada de moda. Viajo hasta allí y veo a la niña que lo sigue todos los días con la mirada: los ojos azules como desorbitados, la tez blanca y semitransparente, gabán negro y botas muy embetunadas. Y allí, sujeto firmemente con su mano izquierda, el maletín. Negro, de cuero raído, sofisticado, lo suficientemente grande para guardar en él una muñeca del tamaño de un niño.

El Mostro era el terror de los chiquitos de la cuadra. La niña, que pasa las tardes sentada en el antejardín, lo ve pasar todos los días, del otro lado de la calle, invariablemente a las cinco de la tarde. Avanza a grandes zancadas, llevando a bordo su maletín. ¿Qué diablos guardaba allí? ¿Hacia dónde iba?

¿Por qué nunca se le veía llegar? ¿Por qué no había niños en la casa de doña Susana? ¿Tendría que ver algo con ese olor? ¿De qué se alimentaba? Eran preguntas que solía hacerse, mientras él, sigiloso, se desplazaba en sus grandes botas lustradas impulsado por un fuego azul, una fuerza vital incompatible con su mirada.

* * *

Suele pasar que la gente se despide, se aleja indefectiblemente de lo que una vez fue su vida, y desaparece un mundo de rostros, de casas, de historias y de voces. Un día, como por arte de magia, ocurre el milagro. Bajo otros cielos, te encuentras un rostro que no es, pero se le parece. Y te lleva a él. Al Inquilino. Llegas a casa y, sin descargar el bolso, cierras la puerta y llamas de manera urgente a mamá. Omites el largo saludo de costumbre y con ese impulso que te hizo correr desde aquel rostro, le preguntas.

—Mami, es que estuve pensando y me acordé de alguien. ¿Te acuerdas de un hombre que vivía en la casa de doña Susana y don Fran, que era alto y canoso y muy viejo y extraño y blanco y que llevaba siempre un maletín?

Risas.

—Sí me acuerdo, ¡claro que sí!

Y aquel terror de la infancia se transforma en ternura y asombro.

* * *

Como aquella vez que la niña fue grande y visitó el patio de atrás de su primera casa, y dibujó en su mente el giro imposible sobre las ruedas de la monareta en aquel diminuto espacio que creía vastísimo, con sus baldosas vitrificadas y su solar. La tierra era húmeda y al removerla un poco brillaban pequeñas conchas color de nácar, que vistas de cerca se revelaban en caracoles diminutos, frágiles y sorprendentes, porque, decía papá, estaban vivos, que de noche, cuando todos dormían y nadie los veía, aquellas conchas comenzaban a surgir de entre la tierra, arrastradas por pequeños animales que no tenían huesos y eran transparentes y que vivían allá adentro, en cada concha espiralada. Y allí, entre la tierra y la mata de crotón, vivía también el grillo de papá. Recuerdo a papá, su espalda ancha trabajada en sus rutinas matutinas con las pesas, agachado en el jardín con la paciencia de quien tira una carnada y espera horas a que algo en el fondo de un lago tire del cordel. Lo recuerdo, esperando paciente la aparición del grillo, y lo veo de cerca con sus manos toscas y delicadas a la vez, atrapando al pequeño saltarín con pies de hojas secas. Lo recuerdo victorioso, llevando a su nuevo amigo entre las manos. Y ahora lo veo con tanta claridad, toda la escena seguida de cerca por la niña, hasta abrir sus manos en el rincón de su cuarto, para sentirse acompañado en la noche de algo más cercano al bosque, a su niñez olvidada al inicio del camino aquel día que partieron en tren desde Yolombó, donde habían nacido él y su amor por el campo, el sonido de la noche y la música, las primeras notas escuchadas de manos de su padre.

Aprovecho el momento, me dirijo de nuevo al patio y siento el olor del aserrín. El patio de atrás, con el banco de madera

donde papá fabricó las casas de las muñecas, la mesa del comedor y otros objetos... y veo los muros. No son tan altos como entonces.

* * *

Regresas al presente y estás nuevamente al teléfono, sentada en el sofá, mirando hacia tu nuevo y diminuto patio de atrás. Y entonces descubres por la conversación con tu madre, que este señor, el Mostro, el Inquilino, perteneció a una familia muy importante de Medellín, los de Bedout. Y que al parecer, por su condición de extrañeza y aparente fealdad, le aseguraron un domicilio y una pensión en un barrio alejado del centro de la ciudad, para que pudiera vivir sin someter a la familia al escrutinio público de tener que dar razón por él.

Sigues dispuesta a escuchar los detalles que te cuenta mamá y enuncias, una a una, las preguntas guardadas por la niña, como si aquellos ojos lo volvieran a ver.

—¿Te acuerdas del maletín?

Risas. Carcajadas.

—Claro que sí.

—¿Y qué llevaba en él?

Preguntas, algo turbada.

—Pues, hija, los angelitos blancos y los angelitos negros del taller de Susana.

Largo silencio.

—¿Y a dónde iba todas las tardes, mamá?

—Pues a venderlos, hija, en los bares de Santa Cruz.

Doña Susana le había contado que eran borrachos y prostitutas a los que entrada la noche él escuchaba atentamente, casi sin pestañear, y agradecidos por la atención con que oía sus historias, sus miserias, le extendían un billete a cambio de una cerámica angelical.

Así llegó aquel hombre inmenso a la vida de la niña, una tarde, para ayudarle a desviar la mirada del verdadero terror. Y así regresas hoy, hombre viejo del pasado, figura enigmática de la niñez, a alumbrarme una ruta que creía perdida. Con tu extraño pasar por la vida hiciste que la niña quisiera mirarte siempre. Serás nombrado de ahora en adelante mi ángel negro y mi ángel blanco.





LAS CASAS

La casa de la infancia era de tres pisos, rodeada a lo largo y a lo ancho por un antejardín. El barrio, incrustado en la montaña, extiende sus calles hacia arriba y hacia abajo, los caminos se curvan y se esconden, se pierden con las cunetas que simulan el antiguo viaje de las aguas hasta el cauce. Al principio, eran finales de los setenta, Rosalba y Darío habían comprado el primer piso de la casa y más tarde comprarían el segundo con la intención de construir el tercero. Allí habían visto crecer a su pequeña Leonora, cuyo nombre le hacía recordar a Darío la única ópera de Beethoven. En el fondo de su corazón, papá se hacía ilusiones con que un día pagaría sus estudios en el conservatorio. A menudo la veía cantar en sueños, en escenarios majestuosos como La Scala de Milán. Se imaginaba entonces, ya anciano, anticipándose a las notas que tantas veces había escuchado, antes de ver salir al escenario a su pequeña Leonora.

Leo había sido una niña tímida, sola e introvertida, tan sobreprotegida que solo podía jugar con algunos niños, estudiados y escogidos previamente por Rosalba, quienes eran remunerados con una propina para que permanecieran al interior de la casa y para que no incitaran a la pequeña a visitarlos o a querer jugar a las escondidas en la calle. A pesar de que Rosalba

tenía dos hijas mayores, Yolanda y Rebeca, la diferencia de edades formaba un abismo entre ellas, acentuado en el recelo de Darío, que quería educar a su niña lejos del influjo de otras sombras que no fueran la suya. Así que no muy tarde decidieron traer al mundo otro bebé, que a pesar de su íntimo deseo nació niña. Esta vez la inspiración de papá se había posado en Natalie Wood, la famosa actriz norteamericana que había sido su amor platónico desde el estreno de *West Side Story*.

Rosalba y Darío eran una pareja feliz. Él, un amante de la música clásica, de los libros, del ajedrez, del *Pequeño Larousse*, de los objetos que lo anudaban emocionalmente a la niñez, los trompos, las pirinolas, los lazos para saltar, las canicas. Había tenido dos matrimonios antes de conocer a Rosalba. Y fue solo hasta después de su muerte, la de Darío, que mamá nos contó cómo lo había conocido. En esta conversación entendimos algunos de sus silencios.

Fue en el año de 1955, cuando Rosalba entró a trabajar a Grulla, la fábrica de zapatos más representativa de la ciudad. Apenas tenía diecisiete años y estaba deslumbrada por aquel hombre atractivo y serio que la había entrevistado y que, a pesar de su corta edad, le había dado el visto bueno para su ingreso al taller.

* * *

Hay una foto de aquellos años que todavía guardo en la mesa de noche y que observo a menudo, deteniendo los ojos en cada detalle, en el recuerdo inexistente que elaboro a retazos por los relatos de mamá. Es una imagen de papá en primer plano.

Está en su despacho de la fábrica, sentado detrás de un escritorio adusto sobre el que reposan, a un lado, un teléfono y tres libros de inglés, cuidadosamente forrados con un papel de arabescos de color blanco y café. Los reconozco porque fue con esos libros con los que papá aprendió perfectamente el idioma por sí mismo y en los que yo también estudié muchos años después, con la creencia de que al volver sobre esas letras, y no otras, podría establecer un diálogo con lo perdido. En uno de ellos había un relato, un poco absurdo, sobre la llegada de un inmigrante a la ciudad de Nueva York. Un monólogo interior que el transeúnte exteriorizaba a veces para llamar un taxi, preguntar la hora a una anciana, pagar la cuenta o pedir la indicación para tomar el metro. Imaginaba, entonces, que aquel sujeto, dibujado en trazos negros y anaranjados, era papá. Lo imaginaba caminando, dirigiéndose siempre a algún lugar. A veces iba de prisa, como quien sabe que está punto de perder una cita. A veces llovía y ningún taxi se detenía con su llamado. A veces creía ver su rostro mojado por la lluvia, el sudor. A veces creía que lloraba.

Miro varias veces la fotografía e imagino que es viernes, pues papá lleva una camisa de manga corta, rayas negras, informal, que deja ver sus brazos fuertes y tonificados por el ejercicio. En el bolsillo izquierdo reconozco el lapicero Parker, con el que solíamos ensayar las firmas que tendríamos que dibujar cuando fuéramos grandes. Se empezaba la primera letra, siempre en mayúscula, que ocupaba tres veces la altura de las siguientes, desvanecidas al final en un garabato incomprensible.

Me detengo en su nariz prominente, sus cejas negras y tupidas. Su sonrisa apenas dibujada me parece triste. Distingo esa

nariz entre muchas, por ejemplo en rostros como el de Robert de Niro o Plácido Domingo. Al verlos, viajo en el tiempo y me transporto inmediatamente a la niñez. Me siento a su lado y lo escucho cantar ópera. Me asomo a la cocina, lo observo mientras muele el maíz de las arepas; primero lo hace con el brazo derecho, luego gira todo su cuerpo y muele con el izquierdo. Cuando llega el turno de armar las arepas, veo las manos jóvenes de mamá que toman una bola de masa y la empiezan a aplanar una vez, dos veces, la giran, dan una palmada con la masa en medio, es un mover de dedos al compás de la lectura de papá, que tiene ya el periódico en sus manos y empieza a leer las noticias del día anterior.

Al otro lado, en la foto, hay una agenda, un directorio telefónico y el periódico que manipula siempre con una destreza superior. Ni una sola arruga, ni una hoja desalineada o a mal doblar. Impecable, siempre como acabado de imprimir.

* * *

Rosalba era, en ese entonces, una muchacha indómita que quería irse de su casa a probar suerte, que quería sostenerse por sí misma y que había quedado fascinada con la mirada de Darío, su caballerosidad y su perfume, su condescendencia. Todos los días iba a trabajar a la fábrica con la esperanza de verlo, hasta que supo, por una compañera, que aquel hombre con el que ya había coqueteado en los pasillos y habían compartido un par de cafés, era un hombre casado. Ese día reclamó su pago y no regresó. Empezó su propio recorrido por el mundo, con historias de amores, despedidas, cartas no

correspondidas, una hija que tuvo el nombre de Yolanda y un viaje en tren hasta Barranca, donde vivió unos años al lado de Mario Serrano, el hombre que había ido a la guerra de Corea, el hombre que una vez servida la comida la devoraba en un minuto, el hombre que tenía la mano multada por aquel golpe certero que dejó sin dientes la cabeza de un bandido que quiso pasarse de listo con su mujer. Mario Serrano, el excombatiente de guerra, el papá de Rebeca.

Después de ires y venires, regresó en tren desde Barranca y se instaló de nuevo en la casa de sus padres, donde fue aceptada con sus dos niñas. Venía huyendo de Mario y de su locura, de las hondas heridas que había dejado la guerra también ahora en ella, sin que pudiera imaginarlo. Y entonces llegó de nuevo el amor. Darío era ahora un hombre libre y guardaba también la esperanza de volverla a encontrar. A veces la vida, aun en la fatalidad de lo que acaba, nos premia con esos pequeños encuentros. Así volvieron a empezar Rosalba y Darío. Compraron una casa en Aranjuez, que en ese entonces era un barrio de calles empinadas y casas amplias, con sus aceras y antejardines, no muy lejos del río. Allí nació Leonora, y cinco años más tarde la niña.

Si subías dos cuadras desde el río, lo primero que veías era la reja negra que rodeaba el jardín con una palma aún incipiente en el centro. Las escalas amplias de cemento y el murito donde solíamos jugar.

* * *

A principios de los ochenta, la niña y su hermana Leo vivían con su padres en la casa del primer piso. Rebeca, su esposo Carlos y la pequeña Jennifer vivían en el segundo. Al tercer piso, que el padre había bautizado como *el penthouse*, se accedía por la fachada del segundo, a través de unas escalas y una puerta de rejas blancas. *El penthouse* era una especie de estudio, con un cuarto amplio y una enorme terraza. Era el escenario perfecto para jugar, vigilar los recorridos del Mostro con su maletín, ver las estrellas, conversar. Las dos hermanas se pasaban las tardes jugando, unas veces en el patio del primer piso, otras en la acera del segundo, otras arriba en *el penthouse*.

Cada vez que pienso en las casas, veo a la niña sentada en las escalas, jugando catapiz o stop con la tímida Leo, y las escucho adivinando canciones que contengan la palabra luna o la palabra playa. Y se oscurece en mi recuerdo el día, y se encienden las velas por el apagón en el año del racionamiento. Y empiezan a contarse historias de misterio, como aquella de papá en la que salía de una fiesta justo antes de la media noche. De regreso a casa tenía que cruzar la calle del cementerio Universal. Era muy larga y parecía no tener fin. De repente, de la nada, ante el portón cerrado con candado, veía una figura humana con su torso en dirección al cementerio, que se iba girando lentamente a su paso hasta revelar un rostro escuálido. Era una anciana de ojos hundidos y piel mustia, con la mirada fija y perdida en dirección a papá. Al cabo de unos segundos, ella le preguntaba la hora.

—¿Qué hora es, caballero?

Susurraba lentamente con voz de ultratumba.

—Faltan cinco para las doce, mi señora.

Respondía papá con dificultad, y un frío como de muerte le recorría las extremidades ante este encuentro fantasmal. De pronto él, enmudecido, aceleraba su paso y contaba exactos veinte pasos antes de mirar atrás: ya no había nadie frente a la puerta. Ninguna anciana, ninguna sombra. Era imposible que se desvaneciera, no había otra dirección que tomar. Solo eran veinte pasos y le faltaban muchos más para que terminara la calle, muchos más para llegar a casa.

* * *

La segunda casa que la niña podía visitar quedaba bajando por la calle en diagonal, al lado de el Hueco. Allí vivía Estella con su padre don Roberto y su hermana Patricia. Desde que llegaron al barrio en el año de 1983 hicieron amistad con Rosalba por la afinidad de sus estilos, una cierta elegancia en su trato que las hacía creerse especiales y, sobre todo, porque que eran mucho más reservadas que el resto de sus vecinos. Estella y Rosalba, al cabo de poco tiempo, se hicieron íntimas amigas. Así que cada vez que hacía falta, la niña y su hermana Leo se quedaban al cuidado de Estella. Ella las acogía como hermanas menores y las consentía con dulce de leche y de vitoria.

Sin embargo, aquellas visitas iban cargadas de una mezcla de sentimientos encontrados que hacían parte de un ritual de silencio y misterio, de un protocolo indescifrable ante los ojos de la niña. La aventura comenzaba cinco minutos antes de llegar a la casa de Estella. Había que llamar antes por teléfono, como requisito indispensable para que se abriera la puerta. De lo contrario tendrían que devolverse sin lograr su objetivo. Después

del repicar del teléfono, casi hasta el punto de la anulación de la llamada, se escuchaba un silencio. Y un tiempo después, una voz infantil que respondía al otro lado de la línea:

—Aló.

—Estella, las niñas van para allá.

—Bueno, doña Rosalba, dígales que se vengan ya. Dígales que si en cinco minutos no aparecen, no abro la puerta.

Y entonces las dos hermanas, con todos sus enseres listos, salían corriendo hasta su casa.

—¡Somos nosotras!

Gritaban las niñas por debajo de la puerta.

Después de un misterioso silencio, como si todo ocurriera en medio de una operación militar, la puerta se abrió apenas en el ángulo suficiente para que las dos niñas pudieran entrar.

—¡Chito, chito! Silencio.

Decía Estella detrás de la puerta, susurrando.

E inmediatamente se iban en puntas de pies para uno de los cuartos delanteros que conservaban las ventanas cerradas. Entonces, las tres miraban por las rendijas de las enormes ventanas de madera, atisbando algún peligro que, muy bien lo sabía Estella, asechaba en el exterior.

Ya adentro, las cosas transcurrían siempre en estado de alerta. Se hablaba en voz baja, como si se cuidara el sueño frágil de un recién nacido. El tiempo se iba contando hacia atrás mientras la niña encontraba los refugios oscuros de su escondite. ¿No he dicho aún que las casas de la infancia ocultan siempre sorpresas en su patio de atrás? En este, las escenas se sucedían como en un zoológico insólito que unas veces dejaba ver un gato y una parte de otro animal colgando de su boca, otras se veía

un pizco que corría de un lado para otro, arañas de múltiples tamaños y diseños, alacranes y escorpiones en el techo de zinc o en los huecos del ladrillo.

A veces veo a la niña parada allí, tras la reja que separa el comedor del patio. Algunos días, Estella le abre el candado para dejarla salir a jugar con el tierno cachorro negro que corre tras ella y da brincos contra su cuerpo. La sucesión de imágenes repetidas en el tiempo dejan ver el crecimiento paulatino del perro hasta que se hace más alto que la niña. Siento sus patas delanteras, a veces colchones diminutos de terciopelo, a veces grandes pezuñas que golpean los hombros, en medio de rasguños y empujones. El juego se ha tornado violento y quizás un poco peligroso. Es un perro negro de raza dóberman revelando a cada paso la potencia de su mirada. Aquella mirada que hizo acabar con su vida a la niñera de Damián, el *Hijo de la bestia*.

Otras veces siento la adrenalina que recorre mi cuerpo antes de salir. Al otro lado, un pizco agitando su pico hace casi imposible pasar. Estella, convertida ahora en domadora de circo, sale al patio y lanza al ave algún señuelo. La entretiene, mientras Leo y yo corremos sudorosas y trepamos al muro por unos travesaños de ladrillo que hacen las veces de escalera. Llegamos por fin a lo alto con una sensación de vértigo y terror. Miramos al infinito en cualquier dirección, hileras de techos y patios, calles y callejones que contemplamos por horas desde allí, sin que nadie nos vea.

